

CRISTINA ATAIDE  
TODO Y SOLO LUZ

Maria Antonia de Castro

La luz nos permite ver el mundo; su ausencia le vacía, nos sume en la ceguera. Apoderarse de la luz ha sido una de las conquistas míticas de la humanidad y el gran logro del faro. Entre las luces y las sombras del mundo y las de nuestra interioridad, las obras de Cristina Ataide se exponen a la mirada como llamada a la atención de la consciencia para hacer ver lo que ya se había mirado de manera desatenta. Ésa es la apertura que su trabajo ofrece. De ese modo cada obra proyecta luz sobre las cosas del mundo que habíamos mirado sin ver y pone en alerta a la mirada distraída que dirigimos hacia las presencias habituales, más por costumbre que por interés.

Ese mirar lúcido transforma el mundo conocido en un lugar inesperado, ampliado en sus horizontes, establece asociaciones que nunca habíamos advertido y se nos desvelan sentidos y significados por explorar. Una multiplicidad de transferencias entre sus creaciones y el mundo se activa en el trabajo de esta artista.

Estas premisas conforman la topografía imaginaria sobre el que se desarrolla el trabajo de Cristina Ataide. Y, es así cómo, a partir de la referencia concreta de la luz del faro y su mecanismo de proyección lumínica, las dos instalaciones que conforman TODO Y SOLO LUZ interpelan el aquí y el ahora del visitante, trazando una red de correspondencias iluminadoras entre múltiples de los elementos que construyen nuestra realidad.

La circunstancia

El encuentro entre Cristina Ataide y el faro de Cabo Mayor empezó con la fascinación que generaron en ella mis primeras noticias sobre un centro de arte instalado en antiguas dependencias de fareros, en lo alto del promontorio que da entrada a la bahía de Santander, a los pies de la torre del faro. Para una artista que trabaja con materias y motivos poco convencionales, incluso dentro del mundo del arte, la idea de trabajar con un material tan fascinante como la luz, abría un elenco de expectativas. Entre ellas, también estaba la de tratar con un lugar de connotaciones muy sugerentes y ciertamente románticas como son los emplazamientos sobre los que se alzan los faros, su propia estructura interna, su sistema de funcionamiento, su historia..., un aluvión de nuevas vivencias que se manifestaron en un decidido interés por trabajar con todo ello para una exposición, para esta exposición.

Una topografía del todo

Cristina Ataide llegó a la creación artística en un momento de la historia del arte en el cual lo que se conoció como el campo expandido de la escultura llevaba un lustro fructificando y ampliando el área de la actividad artística. La utilización de lo que se llamaban entonces nuevos materiales y el desplazamiento hacia nuevos lugares de acción rebasaban ampliamente los parámetros tradicionales de las formas artísticas en sus versiones delimitadas de pintura y/o escultura y el propio concepto de arte formalista.

Procedente de la escultura en cuanto a su formación académica, Cristina Ataide se desembarazó también de las limitaciones que aquellas constricciones imponían a su creación, dando cabida en su trabajo, desde entonces hasta hoy, a elementos de otras áreas situadas anteriormente en los márgenes: desde el diseño, a productos de origen industrial o utilitarios como las bañeras, los barcos o los ladrillos cerámicos..., materiales de la naturaleza como el agua, el polvo, la ceniza, la suciedad de los ríos, los limos, el barro..., sustancias inmateriales como el vacío, la memoria, la identidad, el tiempo, el ritmo, la vigilancia..., lugares como las montañas, los ríos, los lagos...

Un lugar preeminente ha merecido en su trabajo el lenguaje, a través de las palabras y, en particular, de las palabras dispuestas en listados, que ha sido y sigue siendo material recurrente en la trayectoria de esta artista.

En esta exposición Cristina Ataide, además del lenguaje escrito, integra una composición musical, como otro género de lenguaje, el sonoro, que abre la percepción hacia espacios de potencial intensidad y sugerencia.

Puede decirse, en suma, que todo lo que existe es material susceptible de ser transformado en obra para esta artista. En correspondencia con una concepción según la cual: cosas, cuerpos, interioridad, lo que se ve y lo invisible, lo que se siente y lo que se piensa, en suma, el mundo en su totalidad forma parte de un “continuum” en movimiento sin fin, Cristina Ataide teje en sus instalaciones una constelación de conexiones inesperadas que permite deslizar el sentido conocido de las cosas hacia otros significados, multiplicando y expandiendo la experiencia perceptiva.

## El lugar

El siguiente momento clave de esta exposición tuvo lugar el pasado verano durante una visita privilegiada que Cristina Ataide hizo al faro de Cabo Mayor. En este lugar de alto contenido evocador, la artista enfocó su atención hacia la esencia que da sentido al faro: su luz, materializada en el fantástico dispositivo que componen las gigantescas lentes, los anillos prismáticos o la ampolla de luz del Faro de Cabo Mayor.

Cristina conoció el interior de la linterna, sus mecanismos, el sistema giratorio de las lentes, los tipos de luminaria, cómo se establecen las secuencias de destellos... Lo suficiente para entender y hacer suyo el faro. Se hizo presente la afanosa y emocionante travesía del ingenio humano para producir luz y lanzarla a la oscuridad hasta que los satélites aportaron en el pasado siglo nuevos sistemas para la localización y orientación de la navegación marítima. Una aventura de siglos, que se inició con métodos tan conmovedores como las lámparas de aceite, las candelas de cera o simples fuegos sobre promontorios de la costa. También conmovedora la resolución de los navegantes para adentrarse mar adentro bastante antes de que en el siglo XVIII algunos

materiales reflectantes, como el estaño o el cobre plateado, adosado a superficies parabólicas concentraran los rayos luminosos multiplicando la distancia de proyección de las llamas. Admirable resultó que inventos decisivos del siglo XIX en materia óptica perduraran hasta la actualidad; como el sistema de anillos prismáticos de cristal que permiten reflejar en dirección al horizonte los rayos de luz más inclinados; o que la energía eléctrica, concentrada en una sola ampolla, suministrara toda la luz que utiliza el sistema.

Más que una visita aquella experiencia significaba una “toma del lugar” en el sentido de suceso revelador para hacerse con el material que, una vez elaborado, constituiría la obra expuesta.

Reparo en ello para poner de relieve que la experiencia del lugar, junto con la del viaje, es parte consustancial de la actividad artística de Cristina Ataide. Más que un proceso previo a la creación de la obra, el lugar y su vivencia es propiamente el material de la obra, elaborada “in situ”, como en el caso de esta exposición. Para quien, como ella, se plantea el encuentro con el lugar como un hallazgo y un acontecimiento transformador, la vivencia de habitarlo, la catarsis de entenderlo, de visualizar mentalmente los caminos que abre al pensamiento y a los sentidos..., constituyen experiencias iluminadoras. Desde tal actitud, el viaje y el lugar se convierten en focos de conocimiento, aperturas hacia algún género de transformación del propio yo.

Una actividad contraria a la del viajero que donde quiera que esté no halla otra cosa que el re-conocimiento de lo que ya sabe -o cree saber- y la consiguiente reafirmación del sí mismo. Un ser estático, en definitiva, satisfecho con la seguridad de lo conocido.

La vivencia toma cuerpo

Cristina Ataide fotografió y filmó la linterna, su lente, los cristales prismáticos, el espectro de colores que reflejan sus aristas, retuvo con su cámara el movimiento de los haces de luz girando en la oscuridad, los reflejos del agua hacia la lejanía, la silueta de diminutos barcos visibles en cada destello, captó el silencio y la distancia que amplifica el mar en la noche, sin parar de fotografiar, dibujar y filmar, mirar, ver y entender.

La obra estaba ya en el usb de la cámara, en los papeles frotados sobre las rocas y, básicamente, en su cuerpo y espíritu..., mientras empezaban a pergeñarse las conexiones que todo ello traza con sus intereses de artista, de ser humano, de ser viajera y navegante hacia latitudes desconocidas y hacia otras ya rastreadas que se renovaban allí, en aquel momento. La forma de materializarlo en obra y adaptarlo a las salas del Centro de Arte del Faro, vendría luego, en su taller de Lisboa, pero el lugar ya estaba en ella.

El resultado de la intensa experiencia de Cristina Ataide en su encuentro con el faro de Cabo Mayor son las dos instalaciones de esta exposición, cada una de ellas con un título significativo, *Vértigo Luz e Inmersión*.

### *Vértigo Luz*

En la instalación *Vértigo Luz* Cristina Ataide despliega un dispositivo de una rica y lúcida polivalencia.

En la sala oscura, una doble proyección de imágenes de la lente del faro en movimiento se proyecta sobre el suelo. Bajo los pies, el ritmo constante y repetitivo de la linterna del faro en su giro circular, crea una sensación levitante, un efecto de desorientación. Con las imágenes de la lente proyectadas sobre su cuerpo, el visitante parece inmerso en el interior de un vertiginoso ojo de luz en movimiento.

Este primer contacto desestabilizador no es gratuito ni casual, constituye un punto de partida favorable para propiciar una experiencia transformadora reforzada por los otros elementos que componen la instalación.

Casi imperceptible, se escucha una composición musical, especialmente realizada por Carlos Santos para esta instalación. Los sonidos, acompasados al giro hipnótico de la lente del faro, crean una atmósfera envolvente, de la que parecen haber desaparecido los puntos de referencia, contribuyendo a producir una cierta deslocalización de los sentidos. Apenas distinguibles: ruidos de viento, roces de peces, resonancia del mar, murmullo de olas..., suenan al fondo, más allá de las paredes y del techo, más allá del faro, procedentes de algún lugar, ampliando el horizonte perceptivo hacia lo ilimitado.

En el centro de la sala, recibiendo y reflejando la luz emitida por los vídeos, una veintena de espejos flotan en suspensión. Sobre su superficie pueden leerse breves mensajes alusivos a la identidad a modo de propuestas:

ser luz	ser vértigo	ser camino	ser aventura
ser cambio	ser pelea	ser tiempo	ser memoria
ser lágrimas	ser resistencia	ser grito	ser voz
ser deriva	ser búsqueda,	ser silencio	ser abismo
ser magia	ser descubrimiento	ser viaje	ser isla
ser sonrisa	ser ternura...	ser historia	ser incertidumbre...

Enhebradas por un mismo hilo conductor: el verbo “ser”, el ritmo repetitivo que propone la estructura de las breves afirmaciones, establece paralelismo con las jaculatorias, los mantra, y la magia propiciatoria. Pero la voz que las convoca es de otra naturaleza, pertenece a una consciente voluntad proyectiva que apunta hacia la multiplicidad de posibilidades de ser..., hacia los inquietantes y/o liberadores prismas que conforman la identidad.

Los espejos móviles reflejan la luz y las palabras hacia todas las direcciones del espacio expositivo, iluminando esporádicamente parcelas de paredes, techos y cuerpos.

De momento, todo es móvil, flotante, inestable, todo, salvo las palabras y algo con lo que el visitante no contaba, lo que más puede afectarle, su propia imagen. Es un encuentro inesperado, casi abrupto, un efecto sorpresa que se produce cuando se aproxima a leer los mensajes inscritos y el espejo le devuelve la imagen de su rostro. De este modo, entre el mensaje y el espectador se produce una interpelación vertical, fulmínea, como si los espejos proyectaran luces y mensajes, o mensajes como luces, directos a la consciencia.

¿Podría trazarse una analogía entre esta propuesta de Cristina Ataide y los ritos iniciáticos? Todas las culturas han recurrido a diferentes modos de catarsis para preparar el ánimo y el cuerpo en los momentos clave de la existencia. Los rituales y las ceremonias religiosas que se escenifican en esos trances: paso de la infancia a la pubertad, de la madurez a la senectud, al matrimonio, a la muerte..; los exorcismos sanadores y, en general, todos los procedimientos

utilizados para propiciar la transformación del individuo y conseguir su renovación, incorporan dos tipos de acontecimientos: uno que significa la ruptura respecto del ser que se ha venido siendo, y otro que señala e ilumina el camino hacia el nuevo ser. Ambos otorgan los instrumentos necesarios para superar el tránsito con éxito. El primer estadio es amargo, supone el abandono de lo conocido, requiere el desprendimiento de lo se es y se sabe, la renuncia a lo que posee, representa un pasaje por la oscuridad; el segundo, más consolador, anuncia el renacer, expresa la renovación, es una travesía hacia la luz.

No es unívoca la interpretación de una instalación como *Vértigo Luz*, podrían sumarse otras, tantas como espectadores. Pero lo que sí podría decirse de ella es que se propone como dispositivo pensado para deslocalizar lo conocido, para generar experiencias de deriva, para activar una pluralidad de sensaciones y pensamientos, para despertar dudas y zozobras, para desvelar aperturas, para aportar sugerencias, para señalar caminos..., de forma simultánea y en múltiples direcciones.

### *Inmersión*

En la segunda instalación, titulada significativamente *Inmersión*, fotografías nocturnas de la linterna del faro, de la lente y sus anillos, adheridas a superficies reflectantes se muestran suspendidas en medio del espacio expositivo conformando dos estrechos círculos. La distancia de visión se acorta y la mirada se ve inmersa en las imágenes nocturnas de la linterna del faro; al tiempo, la imagen del visitante reflejada por la superficie espejeada sobre las que van adheridas las fotografías funcionan como una llamada de atención hacia la realidad de su presencia.

En esta instalación varios géneros de imágenes sumergen al visitante en un cruce de miradas y visiones simultáneas entre lo que ve y la consciencia de ver. A tal inmersión contribuye la imagen colosal y en primer plano de la gran lente, impresa sobre el ventanal que cierra la sala frontalmente; los espesos vidrios del siglo XIX y su soberbia manufactura imponen su presencia grandiosa ante el espectador deslumbrado.

Rompiendo la escala de medida, un recurso óptico inesperado se abre sobre la sólida densidad de la lente del faro en forma de pequeños orificios troquelados sobre su imagen y abiertos hacia el exterior. Como eficaces periscopios emergentes del fondo de alguna sima, estas aperturas ponen el foco de atención sobre lo circunstancial, enfocan la mirada hacia los insignificantes acontecimientos de la vida diaria: la carrera de un perro, una figura al borde de las rocas, nieve en los picos lejanos, reflejos en algún punto del agua, la prisa del barco que regresa a puerto..., un mosaico de pequeños sucesos recobra inesperado protagonismo y, con ellos, el ánimo reflota hacia el exterior oxigenado.

Cristina Ataide utiliza aquí la estrategia de ocultar para ver y, como cuando miramos a través del ojo de la cerradura, esa focalización del ojo nos reconcilia con el mundo a través de los nimios sucesos cotidianos.

El juego de reflejos y mensajes que proponen estas dos instalaciones con el faro y su linterna, sus lentes y anillos, responde a una voluntad de interacción del arte con el mundo y con el sujeto que en ningún caso se cierra a una sola interpretación, se trata más bien de dejar la obra abierta, un poco a la deriva, suspendida en el aire, tenaz en su presencia, pero nunca impositiva, como un artefacto más del mundo, dispuesta para deslizarse hacia alguna cadena de sentidos desconocida, hacia interpretaciones inesperadas, hacia lecturas insospechadas en lenguas por inventar...., según quien sea la viajera que pase y las vea. Hacerlo, le propiciará una experiencia enriquecedora e inolvidable.